

En el 150° aniversario de la Revolución de Mayo

MAYO de 1810. LA REVOLUCION ECONOMICA HABIA precedido a la revolución política. La primera, con el comercio libre, para cuya consecución habían bregado Belgrano, Labardén, Vieytes y Moreno, emancipó mercantilmente a la colonia de la metrópoli; la segunda, a cuya empresa se asocian los nombres de Saavedra, Castelli y Paso, llevó a la constitución de un gobierno nuevo y propio. Corresponde en este momento insistir en los antecedentes históricos y jurídicos que condujeron a la revolución y la legitimaron preguntándonos por otra parte, si encerraba alguna doctrina o carecía de ella. Orgullosos de nuestra trayectoria y seguros de nuestro destino, unidos en un haz nos congregamos en este instante para señalar en el recuerdo, a la consideración de todos, las figuras que dirigieron la gesta e inclinarnos reverentes ante aquellos que se perdieron en el anónimo brindando su vida para hacer posible que surgiera a la faz de la tierra "una nueva y gloriosa nación". Es también oportuno señalar, aunque a grandes rasgos, las fuentes ideológicas que nutrieron la doctrina de Mayo. Apenas se ha señalado la influencia de la revolución burguesa española del XVIII en la sociedad rioplatense. Se han estudiado las figuras representativas de aquel movimiento: un Campomanes o un Jovellanos, por ejemplo, aunque no se han advertido las fundamentales diferencias que separan las limitadas concepciones políticas de los españoles de las extremas apuntadas por los expositores criollos. La revolución francesa, que había ganado el espíritu de ambos, agitaba las conciencias más hondamente en estas regiones que en la península. La doctrina de la soberanía popular, que será la fórmula de la revolución y que nuestros expositores desenvolverán hasta llevarla a sus últimas consecuencias: la independencia, no sólo fue resistida sino rechazada por

los teóricos españoles. Fue después de nuestra revolución, en las Cortes de Cádiz, que dieron la Constitución del 12, cuando en España se afirmó el principio que la soberanía residía en la Nación. Antes, Jovellanos, uno de los precursores de nuestra revolución económica, más limitado que los nuestros, afirmaba el poder del Rey sobre la Nación. Advertía que venciendo ésta "será conducida poco a poco e infatigablemente a una Constitución democrática". Y esto que constituía para él grave temor era en 1810, para los nuestros, sueño que acariciaba la generación revolucionaria.

La revolución de Mayo no fue el fruto del arrebató ni de la improvisación. Producto de circunstancias históricas elaboradas durante un siglo, Buenos Aires, consciente de la fuerza económica que albergaba encontró en momento oportuno espíritus en sazón que concretaron el basamento ideológico de la Revolución. Al abrigo de la burguesía productora nativa se había robustecido un núcleo de pensadores que hicieron un profundo examen de la realidad social. La última década del XVIII señala la iniciación de la etapa histórica que ya podemos llamar argentina. En el periódico "Telégrafo Mercantil", de principios de 1801, ya se habla, al referirse a estas regiones, de las provincias argentinas. En la etapa aludida se advierte que la siembra de ideas e iniciativas progresistas de Belgrano desde el Consulado prometía ubérrima cosecha. En lo económico la conciencia burguesa del siglo había acelerado el proceso capitalista y un espíritu de empresa y renovación sacudió el vetusto andamiaje colonial. En 1795, Saavedra, a la sazón síndico del Cabildo, a la luz de nuevas doctrinas acuñadas por la Revolución francesa, daba el golpe de gracia a los antiguos gremios de corte medieval. Elevándose por encima de los prejuicios albergados por quienes se beneficiaban con ellos y esgrimiendo como doctrina revolucionaria la libertad de trabajo se pronuncia contra esas corporaciones que cifraban su prosperidad en el cerrado monopolio que impedía el acceso al trabajo a la gente del común.

¿Cómo se conjugaron en el Río de la Plata las nuevas ideas que sacudían al mundo? A través de los autores citados por Belgrano, Vieytes y Moreno, tres de los más encumbrados promotores y realizadores de nuestra revolución, observamos entre los más significativos a los que siguen. Los economistas Quesnay, Galiani, Genovesi y Adam Smith que son los que dejaron más hondas huellas en la formación

EDITORIAL

intelectual de Belgrano. En el "Semanario de Agricultura" de Vieytes —y ya el título denuncia nuevas preocupaciones— son frecuentes las citas de Montesquieu, entre los pensadores políticos. De los científicos: Buffon, Linneo, Rumford y Franklin. Entre los economistas se destaca el de Adam Smith. "Del célebre autor de las Investigaciones de la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones publicó una larga exposición de sus ideas, que ocupa gran parte del tomo tercero del Semanario. Este material constituye la divulgación sistemática más intensa que de la economía política se haya realizado hasta esa fecha en el Río de la Plata. La admirable diversidad de materias que Vieytes abordó en artículos le muestran como un espíritu poco común en su época. Además de las fundamentales disquisiciones económicas que eran de su total dominio, se dilucidaron en el Semanario numerosos asuntos sociales y científicos. Bregó por anular los arraigados prejuicios que muchos tenían por los oficios manuales; por la educación técnica de los trabajadores; por la elevación del nivel de vida de la población laboriosa; por una enseñanza escolar racionalista; por la educación física de la juventud; refirióse a la previsión de accidentes de trabajo; por la divulgación de la vacuna antivariólica, por la beneficencia o asistencia social de los desvalidos; por la ubicación honrosa de los desocupados; por un tratamiento humano de los presos en las cárceles y ahondando las raíces económico sociales de los delitos, señaló la necesidad de reeducar a los reclusos para beneficio de la sociedad, lo cual lo destaca como un precursor también de la moderna reforma del régimen penal. También las páginas del Semanario se consagraron a la popularización de la química". (FÉLIX WEINBERG: "Juan Hipólito Vieytes", Buenos Aires, 1950, p. 23).

La prédica del Semanario, a tono con las avanzadas concepciones modernas de la época, constituía un verdadero programa revolucionario.

Por su parte Moreno, en su Representación de los hacendados cita a Filangieri, Adam Smith y a Jovellanos. Con ser Moreno, en lo que concierne a su formación económica, menos sólido que los anteriores, le correspondió, sin embargo, la oportunidad de terminar con un sistema que venía haciendo crisis desde principios del siglo XVIII. Es cierto, como afirma Molinari, que la Representación no tuvo influencia en los sucesos de Mayo, pues no tuvo difusión, pero no es

menos cierto que el alegato de Moreno encierra y resume, en lo económico, el pensamiento central del grupo dirigente de la Revolución. Mucho se ha discutido acerca de si la Revolución de Mayo fue o no popular. Se ha pretendido amenguar su gloria haciéndola aparecer como un simple movimiento castrense desprovisto de apoyo civil. Alegan otros, que significó lisa y llanamente una maniobra para preservar estos dominios de la avidez imperialista, manteniéndolos en caución a nombre de Fernando VII. Aducen los de más allá que Saavedra fue el verdadero jefe de la revolución y en contra de esto se afirma que lo fue Moreno. A todo ello puede contestarse con las palabras de un eminente tribuno: "La revolución argentina no tuvo caudillos. No es ella obra mezquina de una fracción deshonrada por una idolatría; no es ella producto de la voluntad de un partido, enervado por el prestigio de un hombre. Es el resultado del fuego espontáneo y tumultuoso de la vida popular. Es obra anónima, compleja lenta, eminentemente popular". De no haberlo sido tendríamos que preguntarnos, sin encontrar respuesta racional, de qué manera pudo organizar el gobierno patrio las tropas libertadoras que llevaron el pendón de la nueva causa hasta Lima y Quito. Cómo pudo mantener encendida la causa de la independencia en medio de las más angustiosas penurias económicas, sufriendo los efectos de un bloqueo devastador, sacudido el país por la anarquía y la lucha caudillesca durante quince años. Cuál es la causa de esa irradiación magnética que a punto de perecer la causa de la revolución en su cuna se mantenía activa y victoriosa a miles de kilómetros. Qué fuego interior encerraban en sus corazones esos soldados que salieron bisoños de Buenos Aires y tornaban, los que no habían quedado en el camino, envejecidos por el sacrificio y por una campaña que no tuvo par. Al grito de la revolución se conmovieron todos los estamentos sociales, sus castas y sus clases. Tomaron el fusil, que al decir de Belgrano, nunca lo habían visto, llegaron al Paraguay, abatieron las murallas de Montevideo, cruzaron los Andes, surcaron el Pacífico, llegaron a la ciudad de los virreyes, tomaron el estandarte de Pizarro, ocuparon Perú y libertaron el Ecuador.

El pensamiento de Mayo inspiró a varias generaciones de argentinos en sus ásperas luchas por la libertad política. Sólo fue negado por la Dictadura. Acababa ésta de hacerlo cuando Echeverría, en

EDITORIAL

1837, reunió a la juventud de Buenos Aires para trabajar a favor de la Patria adoptando como legítima herencia las tradiciones progresistas de la revolución de Mayo. En esta tarea "Echeverría restablece el pensamiento de Mayo cuando comienza a ser desnaturalizado, alimenta todas las actividades de la nueva generación en aquel perenne y claro manantial de la argentinidad. Le impele el sentimiento de la continuidad histórica, dolorosamente quebrada por la tiranía". (ALBERTO PALCOS: Prólogo a "Dogma socialista" de Esteban Echeverría, La Plata, 1940).

El pensamiento de Mayo está presente a cada instante en la ardua lucha de los emigrados; ilumina a los Constituyentes de 1853 y alienta a la Organización definitiva de la Nación en 1860.

Al recordar el 150^a aniversario de la Revolución memoramos el ideal de libertad y de justicia que alentó la gesta, manifestamos nuestra inalterable vocación por la democracia y el sentido popular de nuestros empeños, prometiendo mantener vivos y alertas los mandatos de la Revolución cuyas ideas constituyen el acervo de nuestro irrenunciable sentido de la nacionalidad.

ENRIQUE M. BARBA

Decano de la Facultad de Humanidades.

Miembro de la Academia Nacional de la Historia